Hay situaciones que exigen decir la verdad. Para abrir los ojos a quien avanza hacia un vicio dañino. Para ayudar a reconocer el daño que uno provoca en su familia. Para sacudir una pereza que hunde poco a poco a una persona llamada a servir a los demás.

Pero cuesta hacerlo. ¿Qué sentirá la otra persona? **De verdad, ¿servirá de algo una palabra de corrección?** ¿No sería mejor mantenerse lejos de asuntos que quizá no tienen arreglo? ¿Y si esas palabras generan luego más daños que beneficios?

El miedo a equivocarnos paraliza. Sin embargo, la situación exige ofrecer ayudas para que alguien pueda abrir los ojos a su situación y empezar a cambiar. Entonces, ¿cómo lograrlo?

Hay un modo sencillo para lanzarnos a la aventura de la corrección: hacerlo desde el cariño. Porque una verdad, aunque sea dolorosa, es más aceptable si quien la dice la ofrece con un amor sincero y con un tacto lleno de respeto.

Desde luego, **ni el mejor cariño ni la prudencia más completa son suficientes para lograr un resultado satisfactorio**. Hay corazones que reaccionan con dureza ante el más mínimo signo de corrección ajena.

A pesar de las dificultades, cuando existan espacios para la esperanza, vale la pena un pequeño esfuerzo para ofrecer palabras que puedan servir de ayuda a quienes lo necesiten y a quienes anhelan un cambio a mejor en las relaciones familiares.

Esas palabras, desde el cariño, serán más eficaces si están sostenidas por una oración humilde y confiada. Quizá no se vean resultados inmediatos, pero Dios llega a donde nosotros no podemos llegar.

Más de una vez constataremos, con una sorpresa agradable, que quien recibe palabras llenas de verdad y consejos en vistas a su propio bien, se abre, nos mira agradecidos, y comienza un camino de conversión.

Un camino, no podemos olvidarlo, que **también nosotros tenemos que reemprender continuamente, ayudados por otros hermanos que, con ese mismo cariño, más de una vez nos explicarán que tenemos tal o cual defecto.**

Todos necesitamos ayuda en ese camino maravilloso hacia conversión sincera y fecunda. **Una ayuda que llega cuando, desde el cariño, sabemos dar y recibir una verdad que corrige y que abre los corazones** a la acción maravillosa de Dios que nos salva.